

LOBOS DE LA MISMA CAMADA...

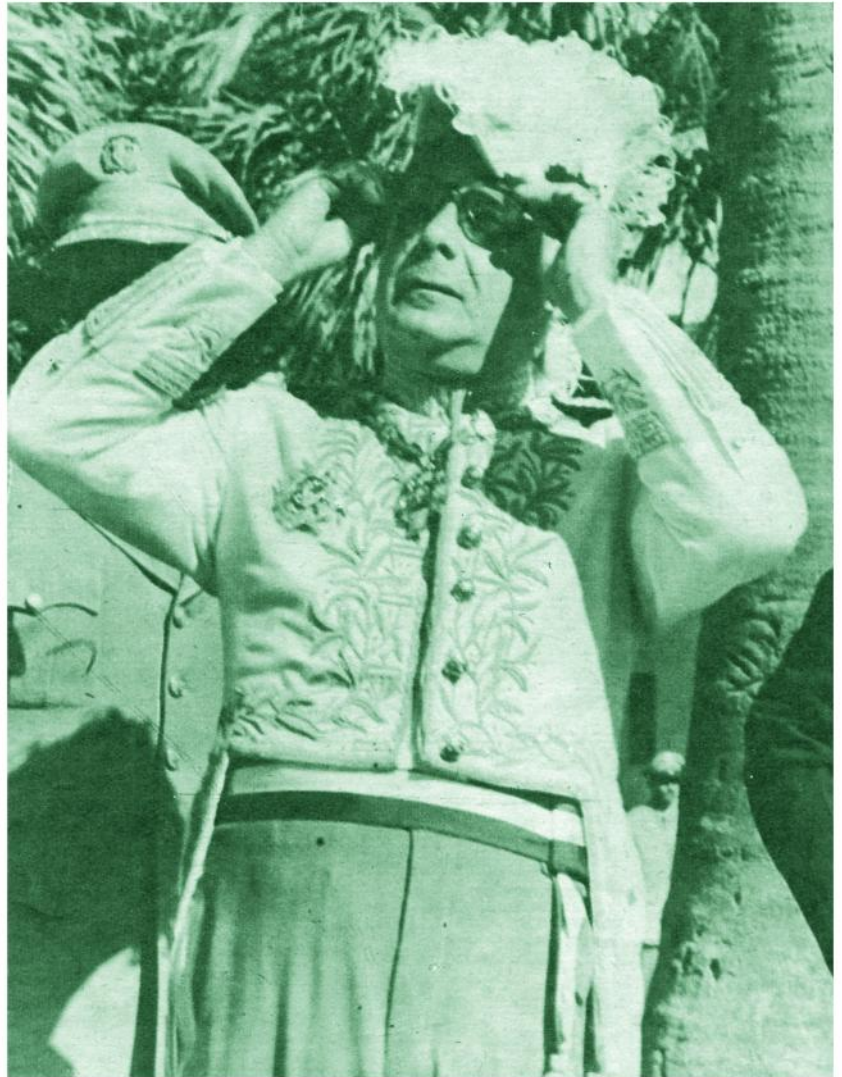
LOS tiranos se ayudan mutuamente para sostenerse en el poder. Y Rafael Leónidas Trujillo, el tristemente célebre "Chapita", tenía que tender la mano ensangrentada a su colega de Cuba, el "indio" de Banes convertido en dictador.

Uno ensangrentaba la tierra generosa de Máximo Gómez; el otro tenía en sombras a la patria de Martí. Para uno y para otro, la libertad era una palabra borrada del diccionario y para sus oponentes tenían la cárcel, el exilio o el asesino a sueldo.

Por eso, Trujillo enviaba armas a Batista; armas para segar vidas en los combates de los campos o en las calles de las ciudades. Hacía así un doble negocio: quedaba bien con su socio y le cobraba en buenos billetes, las armas vendidas.



Esta es una de las armas llamadas "San Cristóbal" que el sátrapa dominicano vendía a buen precio al dictador criollo. Muchas de esas armas cayeron en poder de los revolucionarios que las utilizaban mientras no les era dable sustituirlas por otras, ya que aunque Trujillo se las hacía pagar muy bien, las "San Cristóbal" no se destacaban por su eficacia.



Rafael Leónidas Trujillo, que ensangrienta la tierra quisqueyana, ha dado asilo a Fulgencio Batista después que éste huyó cobardemente de la isla a la que sumiera durante años en las tinieblas de una feroz dictadura. Al fugarse de Cuba, Batista no tenía donde volver los ojos más que a su colega del Caribe, el hombre que había estado vendiéndole armas para asesinar cubanos.

Pero ni el déspota dominicano ni el dictador criollo contaban con el valor y la audacia de los revolucionarios. Estos, carentes de armas en muchas ocasiones, se decidían a armarse despojando al adversario. Y así tomaron cuarteles y desarmaron patrullas, aprovechándose de sus municiones, de sus rifles y ametralladoras.

De esa manera las armas enviadas por "Chapita" y pagadas a buen precio por Batista iban a parar en numerosas ocasiones a las manos de los que estaban destinados a servirle de blanco. Y los llamados "San Cristóbal", de procedencia dominicana, servían a los rebeldes cubanos aunque los sustituían en la primera ocasión que se les facilitaba porque las armas de Trujillo, aunque eran caras no tenían nada de buenas.

Así engañaba el sátrapa quisqueyano a su "carnal" Batista. Pero éste necesitaba armas para reponer las que se quitaban a sus soldados y seguía pagándole por los casi inoperantes "San Cristóbal".

Después, ya en la hora de la debacle, Fulgencio Batista volvió la mirada ansiosa a la guarida de Trujillo. Sólo allí podía encontrar asilo y envió a gestionarlo a dos de sus adláteres. Y hacia allá partió en la madrugada del primero de enero a rumiar, en un silencio preñado de soberbia, el escozor que le producía la derrota.

Y "Chapita" ha tenido que darle asilo; a él y a un buen grupo de sus secuaces. La tierra dominicana ha debido estremecerse de espanto al recibir a tan indeseables visitantes. ¡La patria de Duarte, de Sánchez y de Mella no se merece el tener en su seno a dos tiranos!